

De Mar afuera

Como era domingo la gente de tierra y los hombres de mar estaban en descanso. Tan pronto circuló la noticia de que estaba a la vista la barca de Celipe, poco a poco los marineros fueron llegando al sitio donde, en las horas de ocio, acostumbraban reunirse, al zoco de la tapia de la casa de Colás, el más viejo de los patrones, aquella tapia donde colgaban a secar las redes, baja, blanca, delante del patio, que enfrentaba el mar.

No faltaba uno. Los más ancianos aguzaban la mirada, ya débil, siguiendo ávidos la derrota de la barca que, lejos aún, navegaba gallardamente con todo el trapo, en demanda de la playa. Bahía adentro, corría a un largo, para después, a la altura del caserío, enfilarse, viento en popa, la orilla.

Mientras espían las maniobras de la barca, en el corro se iban comentando sus condiciones marineras. Chupaban gravemente las pipas, con largos silencios, poniendo en los ojos toda la expectante curiosidad del alma, y cada cual iba traduciendo sus impresiones en voz alta.

–Coge viento.

–A un largo anda bien...

–De bolina, paéceme que trapea.

–Mucho escora...

–Es que trae mar de costao.

–Pero, rompe...

La barca, sin que la vela aflojara un instante, rompía con la proa las ondas, salpicando espumas. –¡Buen golpe!

–Ahora, otro...

–Y este...